

VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata, 2010.

La memoria contra la fábrica de presente.

Zelarayán, Carlos.

Cita:

Zelarayán, Carlos (2010). *La memoria contra la fábrica de presente. VI Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-027/109>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

VI Jornadas de Sociología de la UNLP
“Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del
Bicentenario. Reflexiones desde las Ciencias Sociales”
La Plata, 9 y 10 de diciembre de 2010

La memoria *contra* la fábrica de presente

Sólo una cosa no hay. Es el olvido.

Jorge Luis Borges, *Everness*, en *El otro, el mismo* (1964).

Introducción

¿Qué habrá de constituir o está constituyendo el país que somos? ¿Inexorablemente una lógica de exclusión? ¿Exclusión de qué que nos abrumba hasta volverlo amnesia de lo vivido? ¿Qué llagas del origen pronuncian el olvido para sobrellevar las violencias y las opacidades lacerantes que nombran lo que somos? La ferocidad de la batalla con la que se intenta la institución de un presente que, valiéndose de las incertidumbres angustiantes que estas y otras preguntas semejantes hacen estallar como miles de cristales rasgando el cuerpo y la conciencia, exhibe —con apenas velado disimulo— la pretensión de tornarlo absoluto. Fábrica de un hoy cristalizado. Un debate que nos exige retornar a las hermenéuticas, manifiestas y ocultas, del pasado reciente, tanto como a sus usos políticos y a las tensiones en conflicto. Nuestra pretensión declarada es atisbar chispas de otra cosa; quizá, contribuir a una reconstrucción, a correr el velo de lo que hemos reprimido, de lo que hemos desplazado, conscientemente y no, hasta tornarlo invisible.

Memoria colectiva

Desde aquel resumen, devenido introducción, hasta estas páginas, se ha trazado un recorrido breve y, sin embargo, en este tiempo apretado, parecen acentuarse las tensiones de un recorrido dramático, sugerente, inquietante, tan prometedor como amenazante, tan inédito como complejo, tan tumultuoso como insoslayable. En buena

cuenta, una concentración de tiempos, de urgencias, de llamados, de insinuaciones profundas, que no sólo demandan sino que exigen de la palabra, del lenguaje que nombre sin inocencia, con coraje y determinación, que tome su lugar para decir y para ser: las voces y los cuerpos de la pluralidad democrática. En efecto, la democracia se abate cuando se la reduce a mera formalidad, cuando renuncia al litigio por el sentido, cuando cede su combate por el relato que nombre —por sus nombres— a los incontables de la historia, a los desposeídos tanto de los bienes, como de su identidad. La perspectiva liberal de la democracia, la imposición de una forma universalizante de la política centrada en la armonía de intereses y en el consenso, están siendo desplazadas en América latina. Las difusas fronteras político-sociales, así como el desinterés por los proyectos políticos, ceden ante el retorno inaugural de nuevas pasiones y deseos. Oposición a los consensos, al decir de Mouffe (2007), y énfasis en la inevitable existencia de conflictos. La confrontación no sólo es insoslayable, sino benéfica: sólo requiere de los marcos políticos para expresarse democráticamente. Pero, manifiestamente, es demasiado para grupos inmoderadamente acostumbrados a “crear” consensos a sangre y fuego o con la insoportable artillería mediático-monopólica. El conflicto abre la posibilidad de un escenario de confrontación legítima: redefinir el rol de la política, y particularmente el de la democracia, en los procesos de constitución de lo social.

Ninguna paradoja: en la empecinada letanía de la democracia amenazada, de las instituciones prostituidas y, con particular énfasis, de la memoria infectada de irreparable insania, se cava la trinchera impiadosa de la batalla por el relato de lo que somos y de lo que podemos ser. Un arsenal que se despliega con impudicia y con pretensiones de verdad, y que disimula poco, y esconde cada vez menos, una voluntad de todos modos inconfesable: reducir la democracia a la defensa irrestricta de intereses corporativos. ¿Nos aleja esto de una reflexión que no debe abandonar el rigor teórico, el cuidado estricto de las formas y contenidos académicos? Probablemente. E incluso en ese caso, es acuciante el llamado, aun cuando debamos ser extremadamente cautelosos para evitar envolturas coyunturales, o abonar una no deseada, involuntaria contribución a argumentos viciados de “consumo cultural”.

Tzvetan Todorov distingue, en *Los abusos de la memoria* (2000), entre la memoria literal y la memoria ejemplar. Ésta se presenta ligada a las causas nacionales, políticas, ideológicas; lee el pasado en busca de ejemplos, se transforma según el acontecer histórico, de acuerdo con su sucesión paradigmática, condicionando otros modos de la memoria, tendiendo a la mitificación. De algún modo, se trata de una memoria que calla lo complejo. La memoria literal es la memoria del museo como forma de sostener una relación artificial con el pasado, de catarsis. Entonces, ¿cómo dejar testimonio? Es una pregunta que toca llagas y exige reflexiones no contingentes, contra toda construcción artificial, y contra toda pretensión de sellar el pasado.

En todo caso, asumimos el ejercicio polémico de recuperar a la política como herramienta, y a la historia cultural como elemento clave para la comprensión del presente. No es sólo un interés, sino sobre todo una necesidad: la que tenemos de recuperar el pasado. Se trata de procesos históricos que nos solicitan volver a ser explicados, no exactamente por ser desconocidos, sino porque es ahora cuando los relatos posibles encuentran un lugar, validan la palabra, comienzan a pronunciar lo no pronunciado. La lengua que nombra el pasado reciente es una lengua en construcción o re-construcción en pos de una identidad íntegra. Una *memoria colectiva*.

Hugo Vezzetti plantea, sobre la memoria colectiva que “Se trata de una práctica social que requiere de materiales, de instrumentos y de soportes. Su forma y su sustancia no residen en formaciones mentales y dependen de marcos materiales, de artefactos públicos: ceremonias, libros, films, monumentos, lugares” (2009: 32). La memoria colectiva elabora representaciones del pasado adaptando la imagen de los hechos a las necesidades del presente: “Finalmente, el presente condiciona esa recuperación del pasado, pero además la causa de la memoria depende de las fuerzas y la perdurabilidad de sus soportes y de una acción que sea capaz de renovar su impacto en el espíritu público” (*Ibíd.*: 33).

En este sentido, bajo un mismo acontecimiento, se incluyen diversos recuerdos, vale decir, distintas experiencias particulares; como indicara Pollak (2000) “no existe una memoria, siempre hay muchas memorias de un mismo suceso”. Sus alcances implican disímiles dimensiones: lo individual y lo colectivo, lo objetivo y lo subjetivo, lo pasado

y lo presente, lo explícito y lo implícito. No se trata sólo de admitir, sino de encomiar la presencia de múltiples memorias colectivas andando simultáneamente que pugnan, que están en conflicto, por la significación de lo ocurrido. Sí es indispensable la conciencia plena de esa circulación heterogénea y diversa, de esa lucha por el sentido, en un modo cuya pluralidad esté a salvo de la deliberada e interesada distorsión de quienes pretenden imponer otro sentido/otros sentidos, valiéndose del inmenso poder de la corporación mediática. La memoria es política por cuanto tiene que ver con la significación que otorgamos a nuestro pasado reciente, pero además, porque alude al déficit de justicia, de verdad y de democracia que han predominado hasta el día de hoy en nuestro país, aún después de casi tres décadas desde el retorno de la democracia.

En no pocos sentidos, arriesgamos escribir sobre lo que se escurre. Sobre lo inatrapable. Escribir sobre el futuro enterrado. Sobre el pasado *por venir*. Una tensión de tiempos y de relatos en pugna. Escribir respondiendo a las *acechanzas*, a la exigencia *espectral* de un llamado que nos prohíbe, por lo que contiene y por lo que proyecta, la indiferencia. Estelas en la mar del tiempo que nos toca, cuyas marcas efímeras nos interpelan.

La *fantología* derridiana desquicia el triste propósito tranquilizador de las conciencias sistémicas. Intima a un elemental sentido de responsabilidad. No hay estrategia posible. Incluso asumiendo la heterogeneidad radical y necesaria de una *herencia*. Aun cuando seamos (y lo somos, en más de un sentido, en todos los sentidos presentes y ausentes) conscientes de la imposibilidad de *reunir una herencia*, aun entonces, el llamado a intervenir en la batalla, asumir no tanto y no sólo el derecho a pugnar, sino entender la obligación de combatir con los fantasmas para construir el sentido último del relato colectivo, es el insoslayable deber ético que no podemos ni queremos eludir (2002: 34). La *inyunción* se reafirma eligiendo (1). ¿Cómo contribuir a la escritura de una historia social y cultural de la Argentina sin asumir con coraje y determinación la exigencia de esta hora? El desafío está planteado.

El pasado reciente, en su manera de ser asumido o en sus pretensiones de ser soslayado, sigue moldeando nuestro paisaje mental, social y político. ¿Es posible, acaso, deshacernos de las representaciones recortadas, in-completas, tan parciales que lo tornaban imposible como tal? Comprender una época, o aun un acontecimiento

decisivo, es imposible sin estudiar sus diversas representaciones; pero no sólo en la historiografía, es decir, en sus antecesores sino —de manera particular— en toda la sociedad. Puede ser hecho en profundidad o superficialmente, puede tener una vocación heurística o, por el contrario, constituir un tema principal, y en esas elecciones se juega buena parte del presente y, sobre todo, del futuro; son elecciones indispensables. Se trata de ubicar nuestro propósito en la cadena de las representaciones que prevalecieron antes y que aún prevalecen: es decir, ubicarse en ésta, nuestra contemporaneidad. La historia de la memoria colectiva es una ruptura epistemológica, que debería tornar posible una relectura completa, siempre cuestionable pero indiscutiblemente original, de nuestro pasado inmediato. Se vuelve así una condición previa que da precisión a las cuestiones implicadas y revela los determinantes ocultos.

De la responsabilidad

La cerrada resistencia, la ya inocultable voluntad de ocultamiento que ha emergido de manera indudable de la mano de las corporaciones mediáticas, de los oscuros negocios privados teñidos con la sangre del genocidio, es que permanezcan no sólo velados sino, sobre todo, impunes. Esto solo re-sitúa los desafíos éticos en pugna. Cobran otro sentido, así, cuáles son los esbozos que tensan la posibilidad latente de definir una historia social y cultural, la voluntad de tener en cuenta los desafíos éticos planteados, la redefinición de una lucha por la identidad nacional.

Es cierto que puede decirse, respecto de la memoria colectiva que, sin desconocer y, todavía más, asumiendo las muchas cuestiones teóricas (y que no podremos abordar acá) que plantea, no deja de ser una realidad empírica. Pero, ¿acaso el modo en que se pretende cristalizar el debate, es decir, la cristalización de *un (sin)sentido*, por parte de las corporaciones de la palabra, no representa —a todas luces— de manera dramática *una* construcción vacía cuya voluntad artificial es la de sacralizar un modo del pasado? Como si la palabra “memoria” encerrara en sí misma una dimensión ética y consintiera disminuir la incertidumbre respecto de la legitimidad de ese relato ensangrentado.

La necesidad de construir, en cambio, una memoria colectiva, es la de reunir un conjunto de manifestaciones que no sólo revelan, hacen ver, leer o pensar la presencia del pasado, sino que tienen la función de estructurar una identidad.

Es innegable la fuerza de los procesos sociales para hacer posible representaciones cuya influencia contribuye a estructurar el relato de la memoria colectiva. La “testaruda” persistencia de los organismos de derechos humanos es un ejemplo elocuente. Podemos referirnos, en particular, a la lucha incansable de Abuelas de Plaza de Mayo, y su porfiado combate por restituir la identidad de centenares de seres humanos nacidos en cautiverio y cuya historia les ha sido robada, expropiada, sus padres secuestrados, torturados, desaparecidos, asesinados. ¿Podríamos, sin sentirnos degradados en nuestra dignidad, en nuestra lucha por la integridad de la subjetividad humana, en nuestra más íntima condición, sentir que a propósito de esto ya “se ha hablado demasiado”? ¿Tenemos derecho, tenemos algún oscuro derecho a sentirnos “cansados” de este tema? ¿Podríamos, además, abusar del lugar de comunicadores sociales para expresar este cansancio en la inocultable tentativa de instalarlo como un “cansancio social”? ¿Podríamos sin ser, de una manera nada velada, cómplices, respecto de lo que este cansancio arrojaría como resultado brutal, impiadoso, miserable? ¿No es, acaso, este oscuro posicionamiento, un modo de tornar prescriptible lo imprescriptible?

Cuando en 1997 se cumplieron veinte años del nacimiento de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, eran 59 las personas que habían recuperado su identidad, y a su familia. Entonces se hizo inevitable una reflexión estremecedora que fue, al mismo tiempo, un suceso extraordinario: esos nietos habían crecido, y eso traía consigo la posibilidad de contar con ellos en la búsqueda de su identidad. Ya no se trataba de buscar niños, se trataba de convocar a jóvenes que podían asumir esa búsqueda en primera persona. Hoy son 102 los nietos encontrados, y muchos de ellos fueron protagonistas activos de ese reencuentro esencial con sus propias historias.

El carácter imprescriptible de los crímenes contra la humanidad, es decir, el hecho de que un acto esté inscripto para siempre y de manera inamovible en la conciencia colectiva, sin duda modificó fuertemente y sin darnos cuenta del todo, nuestra visión tradicional de la Historia.

Representación y verdad histórica

Perogrullo ha dicho su verdad, una vez más: todo análisis de las representaciones de un acontecimiento supone que el observador debe conocer con precisión el acontecimiento en cuestión, un conocimiento de naturaleza “histórica”. Y, una vez más, estamos llamados a insistir. El reconocido investigador principal del Conicet y director del Centro de Estudios de Historia Política de la UNSAM, Luis Alberto Romero, en un artículo publicado en el diario *Clarín* (2), exige de nuestra cuidadosa atención. Dice Romero:

[...] Marx ha escrito que la historia se repite: la primera vez en forma de tragedia y la segunda como farsa. Ojalá no se haya equivocado. Que aquello que vivimos la primera vez como tragedia sangrienta concluya, en esta segunda experiencia, como farsa. Porque los signos actuales de la intolerancia, las amenazas y agresiones, y hasta la violencia velada son cada vez más alarmantes.

Hace casi cuarenta años, con esos métodos, un gobierno peronista abrió las puertas al terrorismo clandestino de Estado. Hoy la violencia de las palabras y de las acciones viene de otro gobierno peronista y son amplificadas por algunos actores de la vida social con los que ha establecido relaciones colusivas y espurias. Podemos esperar, razonablemente, que no vaya mucho más lejos. Después de la terrible experiencia de la dictadura, la sociedad argentina supo construir una sólida muralla para defender sus libertades: los Derechos Humanos (destacado nuestro).

Aunque es cierto que estos párrafos hablan por sí mismos, subrayar su propósito brutal, manifiesto, de tergiversación histórica, se torna indispensable. Por la magnitud de la traición a la verdad, porque viene dicho por un historiador, y porque lo hace desde la herramienta privilegiada de la prensa gráfica del Grupo con la más obscena concentración de medios del país. El modo repugnante en que se re-escriben los motivos del golpe genocida, la centralidad que el diario ofrece a la “tribuna” de opinión del personaje pero, sobre todo, el insinuar nada tímidamente que la actual administración política del país estaría preparando similares condiciones de posibilidad, ¿puede no ser considerado, acaso, como una forma extrema de institución de una

memoria, de un pasado, de una identidad, surcada de la raíz a la copa por la mentira, por la más ignominiosa banalidad? Más que sugerente es la ilustración de la tribuna ofrecida “generosamente” al profesor Romero: el artista plástico Horacio Cardo, dibuja una mano con una pluma que escribe y otra mano que abre una herida que mana sangre abundante sobre la mano que escribe... ¿Una ironía de Cardo?

Continúa nuestro falseador profesional:

Estas organizaciones, y en particular Madres de Plaza de Mayo, se convirtieron en el símbolo de esos valores. Su defensa requería que se mantuvieran por encima de las múltiples divergencias propias de la práctica política democrática. Así lo hicieron, *por un tiempo*.

Acuerdo político, más allá de otras disidencias, y organizaciones de Derechos respetadas e incontaminadas fueron los pilares sobre los que se construyó la fortaleza de los Derechos Humanos.

Desde hace varios años ambos pilares están siendo sistemáticamente destruidos por un gobierno que, paradójicamente, dice defenderlos. Su interpretación de los Derechos Humanos es limitada y contradictoria. Limitada, porque en lugar de expandir la noción a los múltiples problemas que genera la vida social, la circunscribe al juicio de los partícipes secundarios de la represión, tarea ciertamente necesaria, pero limitada, sobre todo si el ánimo de revancha se impone al de justicia.

Contradictoria, porque se ha limitado a acusar al Estado terrorista, pero mira con ojos benevolentes y hasta reivindicativos a los otros responsables: las organizaciones armadas. Por esa vía, ha ayudado a volver a instalar en nuestra cultura política la terrible idea de que existe una violencia asesina legítima.

El Gobierno ha transformado lo que era una causa de todos en una herramienta de su lucha facciosa, habilitando así otras lecturas facciosas del pasado, inclusive la de los panegiristas del terrorismo de Estado.

Ha construido su propio relato, vilipendiando o ignorando a los auténticos protagonistas de la gesta y asignándose —tan luego ellos— el papel protagónico. Ha reescrito la Introducción al *Nunca Más*.

Por otra parte, el Gobierno ha dividido las organizaciones de derechos humanos. Cooptó a una parte de ellas, incorporándolas al juego de los subsidios colusivos y el discurso faccioso. El caso extremo es precisamente Madres de Plaza de Mayo. Hoy, con la administración de Sergio Schoklender y Felisa Miceli —curiosa elección—, forma parte

de las corporaciones subvencionadas por el Gobierno y constituye uno de esos nuevos “monopolios amigos”, cuya vasta extensión apenas conocemos. Por otra parte, su jefa y vocera, la señora Bonafini, que otrora supo ser el ícono de los derechos humanos, predica la violencia, glorifica el terrorismo y se une a la máquina intimidatoria. [...] Cabe preguntarse quién defenderá nuestros derechos cuando lo necesitemos. Quién evitará que la farsa se convierta en tragedia (los destacados son nuestros).

La cita *in extenso* guarda el intento de evitar cualquier señalamiento crítico que pretenda responsabilizarnos por forzar los indudables objetivos del profesor Romero, o siquiera sacarlos de contexto. Además del miserable, y acotado a un tiempo incierto (3) “reconocimiento” por el justo combate que Madres y Abuelas libraron por la verdad, la memoria y la justicia, el historiador restituye con énfasis (más aún, se escandaliza por cualquier acción en contrario) la teoría de los dos demonios. En *La crítica política y los descentramientos de la memoria*, Sergio Caletti reflexiona sobre los dos relatos “socialmente producidos” en los años posteriores a la dictadura (“teoría de los dos demonios” y “teoría de las víctimas inocentes”) y puntualiza, como rasgo común, que ambos despejan el camino para que la sociedad “se autoexcluya”, es decir, se ponga al margen de los hechos.

Las interpretaciones que prevalecen en la extensa superficie social configuran, desde este punto de vista, una pieza narrativa más de aquel discurso general del “yo no sabía nada” que, durante largos años, causara en tantos sobrevivientes un desasosiego apenas menor que el genocidio mismo (1998).

Para este autor, la explicación de lo que fue una conducta generalizada en la etapa posdictadura remite, en forma directa, a un tema que no ha sido saldado: “la complicidad que sostuvo una porción muy amplia de la sociedad argentina con la dictadura militar” (*Ibíd.*). Romero se horroriza por el abandono de la teoría de los dos demonios, y nada debería sorprendernos que vuelva a la tribuna para retomar la teoría de las víctimas inocentes. Volverán, así, los diplomas de inocencia a las víctimas para perdonar a los victimarios:

Y quienes hoy pretenden que todos los asesinados fueron “inocentes” o que sólo los “inocentes” son defendibles y aun reivindicables: ¿En qué sombrío negocio consigo mismo están? ¿Quieren borrar la historia con un trapo? ¿Piensan que la dictadura era mala cuando mataba inocentes —los “excesos”— pero que hacía bien en matar a los otros? ¿Son las gentes que bajo la dictadura decían “por algo será” cuando alguien, hasta un ser querido, desaparecía? ¿Y ahora otorgan diplomas de inocencia para que ningún asesinado los moleste y puedan “condenar” a la dictadura militar en olor de legalidad? Esa hipocresía declarada encubre una infamia sin nombre: condona el asesinato de quienes no fueron inocentes y afirma la “inocencia” del hambre, la pobreza, la explotación de millones de seres humanos, su humillación y marginalidad. Da la razón a la dictadura militar y deja amplios espacios para que la infamia persista, victoriosa (4).

“Cabe preguntarse quién defenderá nuestros derechos cuando lo necesitemos. Quién evitará que la farsa se convierta en tragedia”, dice el profesor Romero, por fin. ¿Hace falta arriesgar en quién está pensando?

Una vez más, sobre los medios de comunicación

Jesús Martín-Barbero (1998) ofrece una lúcida perspectiva,

Y ¿memoria de quién? —nos preguntábamos—. ¿Quién hace hoy memoria? En realidad son muy diversos los modos de recordar, y no hay posibilidad de un discurso que recuerde de verdad sin que la palabra guarde cicatrices. Lo que hoy abundan son modos de recuerdo que acaban siendo una manera de borrar el pasado, de tornarlo borroso, difuso, indoloro. Y una política informacional, no escrita en ningún manual de redacción o de partido, parece sin embargo regular la forma como el recuerdo debe circular para que no ofenda a nadie, esto es, no como memoria viva, lacerante, conflictiva, sino como discurso neutro, indiferente, por más gestos dramáticos que adornen y «dramaticen» ese discurso. No hay memoria sin conflicto, porque nunca hay una sola memoria; siempre existe una multiplicidad de ellas en lucha. Con todo, la inmensa mayoría de la memoria de que dan cuenta los medios es de consenso, lo que constituye la etapa superior del olvido. “No hay memoria sin conflicto” significa que por cada

memoria activada hay otras reprimidas, desactivadas, enmudecidas, por cada memoria legitimada hay montones de memorias excluidas.

Las Madres de la Plaza de Mayo son una memoria reprimida, sin legitimidad, continuamente devaluada por los medios, salvo algunos pocos que aún son capaces de acompañarlas de cuando en cuando. Evidentemente, la memoria de las Abuelas de la Plaza de Mayo es muy distinta de la que han hecho muchos de los partidos políticos en Argentina. Incluso la mayoría de los intelectuales están hartos de las Madres de la Plaza de Mayo, hartos de esas «viejas que no son capaces de olvidar». Ahí emerge el conflicto de memorias, mientras lo que los medios buscan es la cuadratura del círculo: una memoria que suprima el conflicto, que no nos perturbe, que apacigüe, que cierre la herida, pero en falso; una cicatrización en falso. Algo de lo más hondo y decisivo que nos legó la pedagogía de Estanislao Zuleta es que “hay que saber vivir con el conflicto”, pues más democrático que reprimirlo o suprimirlo es descifrarlo en lo que tiene de dinámica social y dimensión constitutiva del convivir colectivo. Frente a eso, lo que encontramos en los medios es un recuerdo neutro o revanchista: en ambos casos se trata de un recuerdo instrumental, funcionalizado, incapaz de hacer memoria y de olvidar.

Como nos enseñan algunos textos que se hacen cargo de las vicisitudes de la memoria, en las posdictaduras del Cono Sur, la memoria es tensión irresuelta entre recuerdo y olvido, pues remite por una parte a los miles de rostros reclamados desde las fotos que invocan a los desaparecidos, y por otra a la escena de los insepultos, de los que no han acabado de morir porque a sus familiares y amigos se les ha negado el derecho al duelo, a terminar de enterrarlos. La memoria está hecha de una temporalidad inconclusa, que es el correlato de una memoria activa, activadora del pasado y reserva/semilla de futuro. Sin embargo, esa memoria sólo emerge al desplegar los tiempos contenidos, reprimidos, amarrados por la memoria oficial o negados, neutralizados por los medios.

[...]

Los medios —y éste es el segundo oficio que el fin de siglo parece otorgarles— son máquinas de producción de espectros. No hay sociedad que se pueda comprender hoy sin esa espectralidad de los medios de comunicación, sin su referencia a los muertos, a las víctimas, a los desaparecidos, que estructuran hoy nuestro imaginario social. Derrida nos da ahí una clave preciosa para comprender en profundidad la relación de la televisión con este roto y atormentado país, precisamente por el desproporcionado peso social y político que ha cobrado la televisión [...] Frente al gesto grandilocuente de tantos intelectuales que han hecho de la televisión el chivo expiatorio de nuestra degradación moral y cultural, creo que en este país es clave que miremos la televisión para que cada vez que veamos las imágenes de los muertos, de las madres que gritan por sus hijos, comprendamos que en la secreta relación entre imagen y desaparición se está jugando la posibilidad del duelo sin el cual este país no podrá tener paz, pues la desproporción de nuestras violencias quizá sea paradójicamente proporcional a nuestra incapacidad de duelo: ese tiempo del sentimiento en el que elaboramos las pérdidas y expiamos nuestros olvidos (5).

Huelgan comentarios.

Olvido y memoria

Renan (1983) enuncia al olvido como un mecanismo que permite habitar el presente sin tener que dar cuenta de las sombras y de las violencias del pasado: alude a la herida original. Derrida advierte que

El olvido no es, en el caso de la nación, el simple borrarse psicológico, un desgaste o un obstáculo insignificante que hacen más difícil el acceso al pasado, como si el archivo se hubiese destruido por accidente. No, si hay olvido, es porque no se soporta algo que estuvo en el origen de la nación, una violencia sin duda, un acontecimiento traumático, una especie de maldición inconfesable (2004).

En *Para una crítica de la violencia* Benjamin (1995) buscó en el origen esa violencia fundadora, ese acto a través del cual en el inicio algo colosal le aconteció a la comunidad, tan colosal que tuvo que ser reprimido, ubicado en un pasado cuyo destino, en el presente, no sería otro que la reconstrucción, la pura interpretación que se basa, entre otras cosas, en el desplazamiento de esa violencia originaria, hasta tornarla invisible.

¿Puede una nación perpetuarse recordando, de manera persistente, su fondo bárbaro, la violencia que sacudió su cuerpo de un modo brutal, exterminador? Que el *exterminio* esté en el origen torna indispensable el olvido. Solicita que la reescritura de la historia sea apta para salvarla del trauma. Pero lo que ningún relato puede impedir, por más compasivo que sea, es la *herencia* de esa violencia que reelegirá sus propios modos de manifestarse.

Para Renan una *nación es un alma* (1983), un principio espiritual que se eleva por sobre todas esas particularidades que obstruyen su luminosidad. Si ese principio sólo habla desde el pasado termina congelándose. Por ello, busca ser acechanza en el presente, resplandor de la nación hacia el pasado y el futuro. Todo debe ser leído, es decir, interpretado, a la luz del presente y de sus necesidades.

Nelly Richard, por su parte, advierte con lucidez, que

La memoria es un proceso abierto de reinterpretación del pasado que deshace y rehace sus nudos para que se ensayen de nuevo sucesos y comprensiones. La memoria remece el dato estático del pasado con nuevas significaciones sin clausurar que ponen su recuerdo a trabajar, llevando comienzos y finales a reescribir nuevas hipótesis y conjeturas para desmontar con ellas el cierre explicativo de las totalidades demasiado seguras de sí mismas. Y es la laboriosidad de esta memoria insatisfecha, que no se da nunca por vencida, la que perturba la voluntad de sepultación oficial mirado simplemente como depósito fijo de significaciones inactivas (2001: 29-30).

La corporación mediática fabrica un presente sin futuro. Construye un presente que pretende bastarse a sí mismo. Apagan premeditadamente el pasado, la conciencia

histórica, reduciéndolo a las formas de sus propios intereses, y de los intereses que esas corporaciones representan. El pasado deja de ser, así, parte de la memoria, de la historia, y se convierte en una miserable operación. Y un pasado así no puede alumbrar el presente, ni relativizarlo, ya que no nos permite tomar distancia de lo que estamos viviendo en lo inmediato, contribuyendo así a aplastarnos en un presente sin fondo, sin piso y sin horizonte. Pretende cimentar la alucinación posmoderna de la muerte de las ideologías y, sobre todo, de las utopías, porque ambas se vinculan, inexorablemente, con los tiempos de una construcción más larga, más paciente, con voluntades colectivas que lleven sus manos a la arcilla, con una forma social y activa de la esperanza que se busca desalentar expropiando la relación con el pasado que nos provee la conciencia histórica. Y esto no implica, ni es nuestro propósito —todo lo contrario—, pretensiones de objetividad. Conviene, al respecto, tener en cuenta la indicación de Laclau,

Toda objetividad es una objetividad amenazada. Si a pesar de esto ella logra afirmarse parcialmente como objetividad, esto sólo puede darse sobre la base de reprimir aquello que la amenaza. Estudiar las condiciones de existencia de una cierta identidad social es equivalente, por lo tanto, a estudiar los mecanismos de poder que la hacen posible (1993: 48).

Este debate guarda múltiples intereses. Nos importan, sobre todo, los intereses colectivos, que nos incluyen como pueblo. No será aquí y no será ahora que podamos detenernos en ello y, sin embargo, Honduras antes y Ecuador en estos días no son alarmas que puedan pasarse por alto. Convocan la urgencia del cuerpo y de la lengua: la lucha por el sentido. Para batallar con los “cuadros” de la oligarquía agraria, los que agitan las cacerolas VIP. Pero también, con cierto “progresismo” cansado, tan temprano. Recuperar, para la memoria, un sentido auténticamente colectivo.

Hay un único lugar donde ayer y hoy se encuentran y se reconocen y se abrazan, y ese lugar es mañana.

Notas

(1) *Clarín*, *El Gobierno decidió reescribir el Nunca Más*, 16/09/2010.

(2) Derrida denomina *inyunción* a ese momento-movimiento, ese intervalo en el tiempo que imbrica dos instantes sin llegar a unirlos. La *inyunción* es el momento de la inminencia, donde todo debe ocurrir, donde el espectro debe necesariamente reaparecer.

(3) A propósito, ¿cuál será el tiempo que —graciosamente— otorga el profesor Romero a “la acción verdaderamente heroica de estas organizaciones sociales que defendieron el tema de los Derechos Humanos contra viento y marea?”.

(4) Gelman, Juan, "Elogio de la culpa", Artículo publicado en *Página/12*, Buenos Aires, 25/03/2001.

(5) Martín-Barbero, Jesús (1998), “Medios: olvidos y desmemorias”, Medios para la Paz, Tertulia en la Fundación Santillana, Bogotá.

Bibliografía

Benjamin, Walter (1995), *Para una crítica de la violencia*, Leviatán, Buenos Aires, trad. del inglés por Héctor A. Murena. Título del original: *Zur Kritik der Gewalt*, 1921.

Caletti, Sergio (1998), “La crítica política y los descentramientos de la memoria”, en *Confines*, Buenos Aires, Nº 5.

Derrida, Jacques (2002), *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*, Editora Nacional, Madrid.

_____ (2004), *Kant, el judío, el alemán*, Trotta, Madrid, trad. de Patricio Peñalver.

Halbwachs, Maurice (2004), *Memoria colectiva*, Prensas Universitarias, Zaragoza, España.

Laclau, Ernesto (1993), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Mouffe, Chantal (2007), *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Pollak, M. (2000), “Compte rendu”, en *Annales E.S.C.*, N° 5, citado por Milos (2000: 49), “Memoria colectiva: entre la vivencia histórica y la significación”, en Mario Garcés *et al.* (comp.), *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, LOM, Santiago de Chile. LOM.

Renan, E. (1983), *¿Qué es una nación?*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, trad. de R. Fernández-Carvajal.

Richard, Nelly (2001), *Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición)*, Cuarto Propio, Chile.

Todorov, Tzvetan (2000), *Los abusos de la memoria*, Paidós, Barcelona.

Carlos A. Zelarayán

Lic. en Filosofía-USAL

Profesor Lengua y Literatura-GCBA

carloszetaprensa@gmail.com

Mesa temática N° 8